

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

COLABORADORES:
Todos los suscritores.

NÚM. 406.



SEÑORAS

Visitad la casa de Antonio Clemares, Plateria, 56, y encontrareis grandes surtidos en plumas para adornos.

Pielés de Mongolia y de diferentes clases.

Paraguas, fin de siglo, desde cuatro pesetas en adelante.

Soutaches, agremados y toda clase de adornos de temporada.

Perfumería, corbatas y géneros de punto.

CASA DE CLEMARES
Plateria, 56.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Aceptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

**CURAN PRONTO Y BIEN
A LOS ANCIANOS, A LOS TÍSICOS,
A LOS DISENTÉRICOS,** cuya vida se

remedia verdaderamente heroico que corta su curso mortal casi siempre;

A LAS EMBARAZADAS, cuyos vómitos llegar su vida y la de sus hijos, al par de padecer un forma desesperante;

A LOS NIROS en la dentición y dentado; á los que padecen

CATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen **VÓMITOS Y DIARREAS, TIFUS Y AFECCIONES CÓLERA, NES HÚMEDAS DE LA PIEL.**

Pídanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfiad de las falsificaciones é imitaciones, porque no darán resultado.

A nuestros lectores

En el centro de suscripciones establecido en las oficinas de LA JUVENTUD LITERARIA, Apóstoles 11, bajo, se sirven por cuadernos semanales todas las novelas de Perez Escrich, Alvaro Carrillo Luis de Val, Julian Castellanos, Perez Galdós, Pereda, Fernandez y Gonzalez y otros autores de merecida reputación.

Tambien servimos, por cuadernos, la Historia de Europa en el siglo XIX, por Emilio Castelar.

OBRAS COMPLETAS.

Diccionarios de Roque Bárcia; Popular Universal de la Lengua Española; geografía de Malte-Brún, César Cantú y otras obras terminadas, á pagar cinco pesetas mensuales.

MURCIA 30 DE ENERO DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Señoras y Señores: Al tener el honor de dirigirles la palabra, es, única y exclusivamente, para decirles que, desde hoy vuelvo á encargarme de la dirección del periódico que fundé ha diez años, pues el joven y distinguido poeta D. José Tolosa Hernández, no puede, por ahora, continuar al frente de este humilde semanario, pues sus ocupaciones y la enfermedad que aflige á su buena madre, hacen que no pueda ocuparse, como quisiera, en las tareas del periodismo.

No obstante esto, nuestro amigo continuará escribiendo en el periódico, pero sin intervenir en la dirección del mismo.

Y hecha ya esta aclaración, pasemos á otro asunto.

Nuestros teatros cerraron sus puertas.

Espantaleón y Ruiloa funcionaron en ellos; el primero cosechó aplausos y dinero, y el segundo... lo primero nada más.

Ahora dicen que vendrá Pablo López y si este no acepta las proposiciones que se le hacen, vendrá... Sofia Romero.

Yo, hablando con franqueza, creo que tendremos los teatros cerrados algún tiempo.

Una bella Inés, muy jovencita y muy guapa, va á contraer matrimonio dentro de unos dias con un joven de posición, y un mi amigo me ha entregado los siguientes versos, para que los publique.

Hélos aquí:

Me han dicho, Inés, que te casas con un viejo que ya apesta

enamorada tan solo de sus inmensas riquezas; nada te aconsejo, Inés, puedes hacer lo que quieras, mas sepas que si te mueres antes que él, de una rabieta, has hecho un grande negocio, Inés, te luces de veras.

El tiempo sigue tan fresco como antes.

Y yo siento un fresco, escribiendo estas cuartillas, que casi tiritó de frio.

Como que con este frio se tienen pocas ganas de escribir.

Y no teniendo ganas de escribir, solo encuentro un medio.

¿Cuál?

Terminar el Palique,.. y que darme tan fresco.

RAMON BLANCO.



¡Margarita!

¡Feliz madre! Al rayar la aurora saltó del lecho y corrió á la habitación de Margarita. Al llegar á la puerta se detuvo.

—Es tan temprano—murmuró y marchó al jardín en busca de las flores predilectas de su hijita, como la llamaba la pobre vieja.

—Hoy cumple quince años mi hija—decía mientras iba formando el ramillete; ¡ajajá! ¡Qué bonito! Aun titilan las gotas del rocío entre las hojas de las flores. Y apesar de sus años subió ligera los siete escalones que la separaban de la casa.

—No la despertaré, le daré un beso muy calladito y dejaré las flores junto á la cabecera de su cama. Y penetré en la habitación de puntillas y aguantando la respiración.

De repente lanzó un grito. ¡Mi hija!.. ¡Dónde está mi hija?

Allí, sobre la mesa, habia un papel escrito; la infeliz madre leyó: «Voy á causarte un inmenso disgusto, madre mia, te abandono y huyo, perdóname—«Margarita».

Cuando las sombras del crepúsculo llenaron la alcoba de Margarita aun yacían en el suelo una mujer, un ramillete y una carta.

Pasaron los meses y los años. Una fria mañana de Diciembre, el doctor Justin entró en la sala de autopsias del hospital, seguido de Ana, su vieja sirvienta, que llevaba la caja de instrumentos. Era una buena mujer la pobre Ana, y el doctor tenia para con ella cuidados y atenciones que no suelen prodigarse á los criados. La causa era muy sencilla. Aquella anciana estaba loca. El doctor la encontró sentada en un banco de la Alameda, y por uno de aquellos impulsos que no se sabe á que atribuir, la recogió en su casa.

Aquella mañana el doctor penetró en la solitaria sala seguido de Ana y cuando esta hizo el primer movimiento para marcharse, la detuvo.

—Necesito un mandil limpio, voy á ponérmelo y te llevarás en la cesta este otro.

La loca se sonrió en señal de asentimiento y se acercó al tablero donde un cuerpo humano yacía cubierto por un sudario blanco. Una larga y negra trenza de pelo, colgando fuera del borde de la piedra, denunciaba el sexo del cuerpo allí tendido.

Ana se acercó indiferente y con la punta de los dedos levantó el lienzo.

El doctor se volvió sorprendido al oír el estridente grito que lanzó Ana.

Esta inclinada sobre el cadáver, le miraba fijamente murmurando: ¡Margarita!... ¡Margarita!...

Un sollozo interrumpió la voz en su garganta, y torrente de lágrimas y besos inundó el rostro de la muerta.

Aquella noche el doctor no fué á su casa como de costumbre y la pasó en una de las salas del hospital, á la cabecera del lecho de Ana, oyendo la historia de Margarita.

¿A qué repetirla?

ADELARDO REYES.

Encontrándose desesperado uno que no tenia un céntimo, exclamó:

—Me voy á hacer jugador.

—Mejor sería, suplicándole un amigo, que te hicieses peseta.

